823
D
PR4572
.E5
56

CAPILLA ALFONSINA

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad del Editor de la Colección de libros modernos

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Imp. LUZ - Plaza Igualdad, 3 -Barcelona

EL ENDEMONIADO

I.

El don concedido

Todos lo decían.

Nada más lejos de mi ánimo que el pensamiento de sostener que lo que todo el mundo dice es la verdad. Casi siempre ocurre que todos tienen razón y se engañan todos. Con arreglo á la común experiencia, la voz pública se equivoca tan frecuentemente, y la mayor parte de las veces se han necesitado averiguaciones tan fastidiosas para descubrir la verdad, que vale más admitir de buenas á primeras que su autoridad no tiene nada de incontestable. Puede suceder, y sucede en muchas ocasiones, que el mundo tiene razón, «pero esto no constituye una regla general,» como dice en la balada el espectro de Giles Scroggins.

Esta terrible palabra el *espectro*, me recuerda á mi héroe.

Todo el mundo decía que tenía el aire de un hombre que ve visiones, y preciso es advertir que en esta ocasión la voz pública no carecía de fundamento.

Quien hubiese visto sus pálidas mejillas, sus ojos hundidos y brillantes; sus negros vestidos, cortados de manera que tenían un no se que de desagradable, por más que le

sentasen bien y fuesen proporcionados; sus cabellos plateados, que le caían hacia el rostro y que parecían algas marinas enredadas, como si él hubiese sido durante toda su vida un islote solitario expuesto á las olas desencadenadas del vasto Océano de la humanidad; quien hubiese visto á este individuo, hubiese dicho, sin duda alguna, que tenía todo el aire de un endemoniado.

Quien hubiese visto su aspecto taciturno, soñador y sombrío; sus maneras que revelaban una reserva habitual y una frialdad inalterable; su aire preocupado, que parecía indicar la idea fija en las cosas de las pasadas edades ó bien una profunda atención consagrada á algún antiguo recuerdo de su alma; quien hubiese observado todo esto, hubiera dicho que realmente se trataba de un endemoniado.

Quien hubiese oido su voz lenta, cavernosa y grave, notable por ser gruesa y melodiosa á la vez, una de esas voces respecto de las cuales parece como que tenga uno que mantenerse en guardia; quien la hubiese oido, hubiese dicho seguramente que era la voz de un endemoniado.

Quien le hubiese visto en su retirada habitación semi-biblioteca y semi-laboratorio, porque sabido de todos era, así de los vecinos como de los que vivían lejos de él, que era un hombre muy inteligente en química y un profesor, de cuyos labios y de cuyas manos estaban suspensos todos los dias muchos oidos y no pocos ojos; quien le hubiese visto durante una noche de invierno, solo, rodeado de sus

drogas, de sus instrumentos y de sus libros, á la luz de una lámpara cubierta por una pantalla que proyectaba sobre la pared su sombra gigantesca, inmóvil, en medio de innumerables figuras fantásticas, producidas por las luces vacilantes del hogar, sobre los extraños objetos colocados acá y allá (algunos de estos fantasmas eran reflejados por las redomas de vidrio, llenas de líquido, y temblaban convulsivamente como objetos que tienen conciencia de su poder para combinar ó convertir sus átomos en vapor ó en fuego); quien le hubiese visto á tales horas, una vez terminado su trabajo, meditando en su sillón, delante de la roja llama del hogar, meneando, como si hablase, sus delgados labios, aunque permaneciesen mudos como la muerte, hubiese dicho infaliblemente que el hombre y la habitación estaban en poder de los espíritus.

¡Quién no hubiese dicho, á poco que esforzase su imaginación, que todos los objetos que rodeaban á este hombre tomaban cierta apariencia sobrenatural y que aquella casa estaba habitada por los espíritus!

Aquel retiro tenía, efectivamente, todo el aspecto de un antro misterioso. Era un viejo pabellón aislado, que formaba parte de un edificio fundado antiguamente para recibir estudiantes y situado sobre un terreno vasto y descubierto. Al presente, privado de su antiguo esplendor, arruinada la obra de arquitectos desconocidos, ennegrecido por el tiempo y el humo, oprimido por todos lados por los edificios nacientes de una gran ciudad,

estaba ahogado como un antiguo pozo por una masa de piedras y de escombros; sus cuatro ángulos estaban undidos en verdaderos fosos formados por las calles y las casas, construidas á través del tiempo en un nivel más elevado que sus sólidas chimeneas; sus árboles seculares insultados por el humo de la vecindad, que se dignaba bajar hasta ellos porque era muy débil y el tiempo muy variable; sus macizos de césped luchando con la tierra esquilmada, para conservar al menos un resto de existencia; sus andenes, perdida la costumbre de los pasos humanos y casi rechazados por los ojos de todos, si es que no se fijaban en ellos algunas miradas extraviadas que se preguntaban para qué serviria aquella hondonada; su cuadrante solar metido en un rincón y cubierto de escombros, donde, desde hacía un siglo, no había penetrado ni el más pequeño rayo de sol, pero en el fondo del cual, como para consolarse del abandono de aquel astro, la nieve permanecía durante semanas enteras por un privilegio exclusivo, mientras que el negro viento del Este, silencioso y callado en todas partes, silbaba como en un gran trompo; todo, en una palabra, llenaba el ánimo de terror.

Interiormente, en el corazón de su mismo departamento, al lado de su hogar, la habitación del químico parecía deshacerse de puro vieja y, sin embargo, aun estaba muy fuerte, á pesar de que sus vigas y traviesas se hallaban carcomidas por los gusanos y de que el piso se iba inclinando hacia la gran chimenea de roble. Allí estaba el edificio oprimido y

estrujado por las construcciones de la ciudad y muy alejado de ella por su carácter, por el tiempo y por los usos; era un lugar tranquilo y lleno de ecos abrumadores; así es que por lejos que sonase una voz, ó que se cerrase una puerta, los ecos en vez de apagarse en los corredores y las habitaciones vacías, se obstinaban en correr gruñendo y murmurando hasta por las profundidades más ocultas.

Era cosa digna de verse esta mansión á la hora del crepúsculo, en medio del invierno asolador.

A la hora en que el viento sopla y silba, mientras que el sol obscurecido desciende del horizonte; á la hora en que la sombra basta para que las formas de las cosas tomen un tamaño inmenso y vago; á la hora en que las personas sentadas al amor de la lumbre empiezan á ver en los carbones encendidos figuras fantásticas, montañas, abismos, emboscadas y ejércitos; á la hora en que los que transitan por las calles corren empujados por el cierzo; á la hora en que aquellos que se ven obligados á desafiar el tiempo se encuentran detenidos en algún rincón obscuro y helado por la nieve que azota sus párpados; á la hora en que las ventanas de las casas se cierran cuidadosamente y en que las luces de gas empiezan á verter sus rayos en las calles tranquilas ó agitadas, sobre las que la noche desciende con rapidez; á la hora en que el vagabundo, temblando enmedio de la calle, lanza miradas codiciosas sobre los hornillos de las cocinas subterráneas que excitan su apetito,

perfumándolo á lo largo de su camino con las emanaciones de la comida de los otros; á la hora en que los que viajan por tierra se hielan de frío y fijan sus miradas extraviadas en los sombríos paisajes, á la vez que tiemblan todos sus miembros al soplo de la tempestad; á la hora en que los marineros, suspendidos de las vergas cubiertas de copos de nieve, son horriblemente balanceados en todos sentidos por las olas encrespadas; á la hora en que los faros, puestos sobre las rocas de los cabos, aparecen como centinelas solitarios, mientras que las aves marinas, sorprendidas por la noche, se precipitan sobre los fanales, se desconyuntan y caen muertas; á la hora en que los niños, leyendo cuentos al amor de la lumbre, tiemblan soñando con la suerte de Cassim Baba, cuyos miembros hechos pedazos son colgados en la cueva de los cuarenta ladrones ó se preguntan con espanto si al travesar el sombrío corredor que conduce á la alcoba no les sucederá el encontrar á aquella viejecita de la muleta que salía de un ataúd en el cuarto del mercader de Abudah; á la hora que en el campo las últimas luces del día se desvanecen en el fondo de las alamedas, mientras que los árboles encorvados en forma de bóveda se cubren de espesas tinieblas; á la hora que en los jardines y en los bosques los altos, cuanto húmedos helechos, así como el musgo y la hojarasca desprendida de los árboles, desaparecen á la vista bajo una masa de impenetrables sombras; á la hora en que las nieblas ascienden de los prados y de los ríos;

á la hora en que las luces que brillan en las ventanas de las heredades y de las casas de campo despiertan la envidia de los viajeros; á la hora en que el molino se para; en que el artesano cierra su taller, en que el labrador, dejando su arado en el desierto campo, conduce los bueyes al establo, mientras que el reloj de la iglesia suena de una manera más sonora y la puerta del cementerio se cierra para toda la noche; á la hora en que por todas partes el crepúsculo pone en libertad las sombras aprisionadas desde el alba, las cuales se buscan y confunden, parecidas á innumerables legiones de fantasmas; á la hora en que estas se encuentran acurrucadas en los rincones de las casas y hacen gestos detrás de las puertas entreabiertas; á la hora en que se hallan en plena posesión de las habitaciones solitarias; á la hora en que en las casas habitadas bailan en el piso, en las paredes ó en el techo mientras el fuego languidece en el hogar, pero que se retiran como las aguas en la marea baja cuando se aviva la llama; á la hora en que, transformando de una manera maravillosa todo lo que se escuentra á su alrededor, el fuego hace de la niñera un ogro, del caballo de madera un monstruo, del niño asustado, que no sabe si reir ó llorar, una forma que le extraña á él mismo, y de las tenazas de la chimenea un gigante que extiende sus inmensos brazos para desconyuntar los huesos humanos y molerlos para hacer harina con que amasar su pan; á la hora en que las sombras llevan á la imaginación de los ancianos pensamientos de otra

edad é imágenes de la juventud; á la hora en que estas salen furtivamente de sus retiros con las formas y los rostros de los pasados tiempos, exhumadas de las tumbas, de las profundidades del mar ó del lugar por donde vagan errantes, cosas que existieron ó que nunca han existido; á esta hora nuestro hombre se hallaba sentado delante del fuego, en el que tenia fija su mirada, mientras que las sombras iban y venían, siguiendo las ondulaciones de la llama.

Y, aunque no observase estas sombras con los ojos del cuerpo, obstinadamente fijos en el hogar, esta era la hora en que se le debía ver, cuando los ruidos salen con las sombras de sus retiros á la vez del crepúsculo que los llama y parecen formar una soledad más profunda alrededor de él; cuando el viento muge en la chimenea y grita ó silba en la casa; cuando los añosos árboles del patio sufren tan fuertes sacudidas que un viejo pájaro nocturno protesta contra esta bacanal que le interrumpe el sueño, dando gritos dolientes y plañideros; cuando por intérvalos tiembla la puerta de la ventana, gira la enmohecida veleta de la torrecilla, anuncia la huida de otro cuarto de hora la campana del reloj de la torre, y el fuego palidece chisporroteando.

En aquel momento y mientras el químico estaba sentado, según hemos visto, delante del hogar, un golpe dado en la puerta le sacó de su ensueño.

—«¿Quién vá?—exclamó—¡Adelante!»

Ninguna forma humana se había apoyado

en el respaldo de su sillón; ninguna mirada había ido á espiarle por la espalda; ningún paso había sonado en el piso en el momento en que el químico levantó la cabeza sobresaltado y habló. Y, sin embargo, á pesar de que en el cuarto no había ningún espejo sobre cuya superficie se hubiese podido reflejar un momento, es lo cierto que *algo* había pasado obscuramente y se había desvanecido de pronto.

—Temo, y permítame el señor que le haga esta observación—dijo un hombre de mejillas coloradas, de aspecto atareado y que tenía la puerta entreabierta con el pie á fin de introducir su propia persona y una cesta que llevaba en la mano—temo, señor,—repitió retirando poco á poco su pie para que la puerta se cerrase sin ruido—temo haber tardado un poco esta noche; pero ¡á mistres William le ha costado tanto trabajo el mover las piernas!...»

—¿A causa del viento? ¡Ah! si, le he oido soplar.

—Si señor. ¡Es un milagro que haya podido entrar en casa! !Ah! ¡Dios mio, si, si... á causa del mismo viento!...»

Mientras hablaba de esta suerte, dejó la cesta, que contenía la comida, y después de haber encendido la lámpara, puso el mantel sobre la mesa, ocupación que abandonó precipitadamente para atizar el fuego, y que volvió á emprender una vez hecho esto. Durante tan corto espacio de tiempo la doble claridad de la lámpara y del hogar había cambiado

tan extraordinariamente el aspecto de la habitación, que parecía, como si la sola presencia de aquel hombre, con su rostro rubicundo y su actividad, hubiese bastado para operar tan agradable metamórfosis.

—Mistress William está naturalmente sujeta en todos tiempos á que los elementos le hagan perder el equilibrio. Y no está en sus manos el poderlo evitar.

—¿No?—preguntó Mr. Redlaw de buen humor, aunque un poco bruscamente.

—No, señor. Hasta la misma tierra en que se apoya, le hace perder á mistress William el equilibrio. Por ejemplo, el domingo hizo ocho días que dió un resbalón terrible, al ir á tomar te en casa de su nueva cuñada. Y eso que mistress William se cuida mucho y hace gala de no enlodarse porque pisa muy bien. Tambien pierde el equilibrio mistress William por falta de aire; una vez quiso ir con una amiga suya á columpiarse en la feria de Peckham y ¡mire V.! este ejercicio obró de tal manera sobre su constitución que se mareó como si se hubiese embarcado en un vapor. El fuego le hace perder igualmente el equilibrio á mistress William: la prueba de ello es que á causa de una falsa alarma de los bomberos, cuando vivía en compañía de su madre, tuvo que correr dos millas en gorro de dormir Mistress William puede perder el equilibrio por el agua, como una vez en Rattersea: iba en un bote con su sobrinito Carlos Swidger, muchacho de doce años, que no entendía nada de la navegación y dejó derivar la lancha

contra las piedras de la escollera. La verdad es que sólo los elementos son causa de esto; fuera de ellos es donde puede juzgarse de la fuerza de carácter de mistress William.»

Detúvose un momento para esperar una respuesta que se tradujo por un *si* tan monosilábico como la contestación anterior.

—Si, señor, si: ¡Dios mío!—dijo Swidger, continuando sus preparativos y enumerando cada uno de los objetos que dejaba sobre la mesa.—Eso es, señor. Mire V. lo que yo pienso todos los días. Somos muy numerosos los de la familia de los Swidgers. La pimienta... Ahí está señor, mi padre, el viejo guardián de este edificio, tiene ochenta y siete años y es un Swidger. La cuchara...

—Es verdad, William—le respondió Redlaw con tono paciente y distraido.

William se detuvo de nuevo.

—«Sí, señor—contestó—eso es lo que yo digo siempre, que se le puede llamar el tronco del árbol. El pan... Después viene su humilde sucesor. es decir, yo en persona... La sal... y mistress William, que son dos Swidgers. Tenedor y cuchillo... Después viene mis hermanos y sus familias, todos Swidgers, marido y mujer, hijos é hijas; y luego los primos, los tios, las tias y sus parientes de todos grados que, con los matrimonios y los nacimientos, los Swidgers... el vaso... podrían cogiéndose de la mano, formar un círculo alrededor de Inglaterra.»

No recibiendo ninguna contestación del hombre soñador á quien se dirigía, William

se aproximó á él y, para llamar su atención, dió un golpe, como accidentalmente, sobre la mesa con una garrafa. Habiendo dado buen resultado su estratagema, continuó, como si tuviese necesidad de su asentimiento:

—«Si, señor es muy natural lo que yo digo. Mistress William y yo somos del mismo parecer. Hay bastantes Swidgers, decimos, para que se necesite nuestro contigente voluntario. La cerveza... La verdad del caso es, señor, que mi padre constituye por sí solo una familia. Las vinajeras... El pobre bien merece que le cuiden y nosotros afortunadamente no tenemos ningún hijo... ¿Quiere V. el asado y las patatas? Cuando he salido de casa mistress William me ha dicho que todo estaría dispuesto dentro de diez minutos.

—Si, cuando quieran—contestó el químico, como saliendo de un sueño y paseándose por la habitación.

—Mistres William está trabajando de nuevo —dijo el criado, mientras calentaba un plato del que se servía después, como un abanico, para taparse la cara.

Redlaw detúvose y su rostro adquirió una expresión de interés y de bondad.

—Es lo que yo he dicho siempre. Ha de llegar un día en que suceda. Hay en el corazón de mistress William un sentimiento maternal que debe seguir y seguirá su curso.

—¿De qué se trata?—preguntó Redlaw.

—Se trata, señor, de que no hallándose contenta aún con ser una especie de madre para los jóvenes que de todas partes vienen á oir

las explicaciones de V. en este antiguo establecimiento... ¡Es raro lo aprisa que se calienta la vagilla, á pesar del frío que hace!

Dijo, dio vuelta al plato y se sopló los dedos.

—«¿Qué más?—preguntó Mr. Redlaw.

—Vea V., señor, si es justo lo que yo pienso—dijo William hablándole por encima del hombro, con una especie de sentimiento cordial y afectuoso—¡Y la verdad es que tengo razón! No hay un solo estudiante de los que aquí concurren que no sea de la misma opinión. Todos los días, por regla general, asoman la cabeza uno tras de otro por la puerta de la habitación y siempre tienen algo que decirle ó que preguntarle á mistres William ó á mistress Swidger, como acostumbran á llamarla la mayor parte. Mire V., señor, lo que pienso yo: más vale que le digan el nombre de cualquier manera, si esto demuestra su buena amistad, que oir que la llaman por su verdadero nombre y en voz alta sin que nadie haga caso. Porque ¿para qué se ha hecho el nombre? para designar á uno; ahora bien, si á mistres William se la conoce por alguna cosa mejor que por su nombre; si oigo hablar de las prendas y el carácter de mistres William, poco me importa su nombre, aunque este sea Swidger, Widge, London Bridge, Blak-friar's Chelsea, Putney, Waterloo, ó cualquier otra cosa, si así les gusta.»

Al pronunciar las últimas palabras de su triunfal discurso, aproximóse á la mesa y dejó sobre ella el plato con el convencimiento mo-

ral de haberlo calentado bastante. En el mismo momento el objeto de sus alabanzas entró en la habitación precediendo á un venerable anciano de largos cabellos blancos, y llevando otra cesta y una linterna.

Comparada con William, mistress William era una mujer notable por su sencillez y por su aire inocente. Sus frescas mejillas, que parecían reflejar el color rojo del chaleco de ordenanza de su marido, daba gusto verlas. Si los cabellos rubios de William se mantenían derechos sobre su cabeza, como dirigiendo sus ojos á todas partes en un exceso de celo, los cabellos negros de mistress William estaban cuidadosamente alisados y trenzados bajo una preciosa toquilla que los mantenía en la calma y simetría más perfectas. Si las bocas de los pantalones de William se levantaban al andar, como si su naturaleza de castor pardo obscuro no les permitiese permanecer tranquilos sin mirar á derecha y á izquierda, en cambio la falda de mistres William, adornada con volantes rojos y blancos, que eran los colores de su rostro, se ajustaba tanto y permanecía tan escrupulosamente quieta, que el viento, que con tal furia soplaba fuera, hubiese parecido impotente para deshacer uno de sus pliegues.

El cuello y las solapas de la levita del marido tenían algo de abandonado y de vaporoso; el cuerpecito de la mujer era tan plácido y tan casto que indudablemente la hubiese protejido contra las personas más groseras, en el caso improbable de que hubiese necesitado de

protección. ¿Quién habría tenido valor bastante para agitar, con un disgusto, los latidos de aquel seno tan apacible, ó para hacerlo palpitar de espanto, ó temblar bajo la influencia de un pensamiento deshonesto? ¿Quién no hubiese respetado su reposo como se respeta el inocente sueño del niño?

—Tan puntual como de costumbre, Milly—dijo William, quitándole á su mujer la cesta—á no ser por esto no os hubiese conocido. ¡Mistress William, aquí tienes al señor!»

Después hablándole al oído y en voz baja á su mujer, mientras tomaba la cesta, le dijo.

— «¡Está más sombrío que de costumbre esta noche y sus ojos parece como que hayan visto fantasmas!»

Sin ninguna afectación y sin meter ruido, en una palabra, sin hacer nada para llamar la atención, tan modesta y reservada era, Milly puso sobre la mesa los platos que había traído. William, mientras tanto, después de haberse entregado á no pocas evoluciones, que habían tenido por único resultado el apoderarse de una salsera, se mantenía de pie para servir el contenido.

—¿Qué lleva en brazos, nuestro anciano ámigo?—preguntó Redlaw sentándose para comer su solitaria cena.

—Ramas de acebo—contestó Milly.

—Es lo que digo yo, señor—añadió William, adelantándose con la salsera—El laurel y el acebo son el gran recurso de esta época del año. Salsa roja...?

—¡Un nuevo día de Navidad! ¡Otro año que

se escapa!— murmuró el químico dando un doloroso suspiro—¡Otros recuerdos que añadir al número siempre creciente de los que vamos coleccionando para nuestro tormento, hasta que la muerte los confunda y anonade! ¡Así es el mundo, Felipe!»

El químico había ido levantando la voz á medida que iba encarándose con el anciano, que se mantenía de pie delante de él con el brillante follaje entre las manos, del cual la bondadosa mistress William iba cortando con unas tijeras las ramas más pequeñas, con las que adornaba la habitación, mientras su venerable suegro observaba la ceremonia con vivo interés.

—Os ofrezco mis respetos, señor—dijo el anciano—Hubiese hablado antes, pero como conozco vuestra manera de pensar, Mr. Redlaw, y lo digo con orgullo, esperaba que empezaseis vos. ¡Alegrémonos porque ha llegado el día de Navidad y deseemos que venga el año nuevo y con él otros muchos! Por mi parte cuento ya con una buena colección y aun me tomo la libertad de pedir más. ¡Já! ¡já! ¡já! ¡Ya tengo ochenta y siete años!

—¿Para vos todos los años han sido buenos y felices?—preguntó Mr. Redlaw.

—Si, señor, todos y cada uno de ellos—contestó el anciano.

—La edad fatiga la memoria y por lo tanto nada tiene de extraño—dijo mister Redlaw, volviéndose hacia el hijo y hablándole en voz baja.

—Ni tanto así, señor—repuso William—Es

exactamente lo mismo que digo yo, señor. No ha habido nunca una memoria parecida á la de mi padre. Es el hombre más extraordinario que puede verse. No sabe lo que quiere decir *olvidar*. Esta observación la hago todos los días á Milly, puede V. creerme.»

Swidger, en su afán por afirmarlo siempre todo, soltó las anteriores palabras como si no estuviesen en contradicción con lo dicho por Mr. Redlaw y como si no fuesen la confirmación plena de lo contrario de su opinión.

El químico echó el sillón hacia atrás y levantándose de la mesa se dirigió hacia el anciano, que estaba de pie con los ojos fijos en un ramo de acebo.

—¿No es verdad que esto os recuerda muchos días parecidos, es decir, muchos años que acaban y otros muchos prontos á comenzar?—dijo Redlaw estudiando la fisonomía del anciano y poniéndole la mano sobre la espalda.

—¡Si! ¡muchos días, muchos días!—contestó Felipe, saliendo de su ensueño.—¡Yo tengo ochenta y siete años!

—¿Y esos días han sido alegres y felices?—preguntó el químico en voz baja.

—Aun no era yo así de grande—replicó el anciano poniendo la mano un poco más alta que el nivel de su rodilla y mirando en seguida á Mr. Redlaw—aun no era yo así de grande, cuando celebré por vez primera la fiesta de Navidad. ¡Toda la vida me acordaré! Aquel día hacía mucho frío, el sol brillaba y nosotros paseábamos cuando una mujer, que estoy tan

seguro de que era mi madre como vos estáis ahí, á pesar de que no me acuerdo de su bendita imagen, porque murió aquel mismo año, durante la fiesta de Navidad, me dijo que los pajaritos recogían su alimento en estos laureles. Aquel precioso niño (era yo, como habréis comprendido), pensó que si los ojos de los pájaros son tan brillantes, débese esto á que las simientes del laurel, de que ellos se alimentan en el invierno, también lo son. Me acuerdo perfectamente de todo esto, y eso que tengo ¡ochenta y siete años!

—¡Alegre y feliz!—murmuró el químico bajando sus ojos hacia el anciano con una sonrisa de compasión.—¡Alegre y feliz! ¿y os acordáis bien de todo?

—¡Si, si, si!—respondió el anciano, que sólo había oído las últimas palabras.—Me acuerdo perfectamente bien de los mismos días, cuando iba á escuela, año por año, así como de todas las cosas alegres que me trajeron consigo. Entonces era yo un mozo vigoroso y fuerte, Mr. Redlaw, y podéis creer que no tenía rival en el juego de la pelota en diez millas á la redonda. ¿Dónde está mi hijo? ¿No es verdad que no tenía rival en el juego de la pelota, en diez millas á la redonda?

—Eso es lo que yo he dicho siempre, padre, —contestó el hijo, de la manera más respetuosa.—Vos hubieseis sido un verdadero Swidger si no hubiese habido ninguno en la familia.

—¡Ah!—dijo el anciano, sacudiendo la cabeza mientras dirigía una mirada á los acebos. —Su madre (mi hijo William es el más joven

de todos), su madre y yo los hemos visto á nuestro alrededor, muchachos, muchachas y niños en pañales, durante largos años, cuando los laureles parecidos á estos no brillaban tanto como sus lindos rostros. Muchos de ellos se han ido ya: *ella* se ha marchado y nuestro hijo Jorge, el mayor, del que tan orgullosa se sentía, ha desaparecido también; pero estos acebos y estos laureles me los recuerdan y paréceme verlos todos alegres y limpios, como eran entonces, y doy gracias á Dios porque me trae todo á la memoria lleno de inocencia. ¡Es un consuelo á los ochenta y siete años!»

Las penetrantes miradas que el químico había fijado sobre el anciano con tan viva atención, las había ido bajando hacia el suelo poco á poco.

—Cuando mi posición empezó á ser menos desahogada, por causa de una serie de desgraciadas circunstancias, y cuando entré aquí en calidad de guardián—dijo el anciano—lo cual hace cincuenta años y pico... ¿Dónde está mi hijo? ¡Más de medio siglo, William!

—Eso es lo que yo digo, padre—contestó el hijo tan pronto y respetuoso como de costumbre—eso es, exactamente. Dos veces tanto es tanto y dos veces cuanto hacen ciento.

—No puedo expresaros la alegría que siento cada vez que me acuerdo de que uno de nuestros fundadores, ó para hablar con mayor propiedad,—dijo el anciano con ciertas muestras de orgullo, porque conocía el hecho—uno de los sabios *gentlemen* que contribuyeron á dotarnos en tiempos de la reina Isabel, porque

nosotros fuimos fundados antes de este reinado, nos dejó en su testamento, con otros varios legados que nos hizo, una cantidad destinada á comprar laurel para adornar las ventanas y las paredes el día de Navidad. Hay en todo esto algo bello y conmovedor. Simples forasteros á la sazón en estos lugares, á los que llegamos en día de Navidad, no pudimos menos de amar su retrato que se halla suspendido en lo que antiguamente fué nuestra gran sala de los banquetes; es un *gentleman* con el rostro apacible, con la barba puntiaguda, una gorguera y debajo esta inscripción en viejos caracteres: *¡Señor, conservadme la memoria!* ¿Sabía V. esta historia, Mr. Redlaw?

—Lo único que sabía es que ese retrato se encuentra donde decís.

—Ya lo creo que sí; el segundo á la derecha, encima de la ensambladura. Iba á decirle que me ha ayudado mucho á conservar la memoria; porque dando todos los años una vuelta al edificio, como la he dado hoy, al refrescar el aspecto de estas habitaciones desnudas con el nuevo ramaje, siento que á la par se refresca mi viejo cerebro. ¡Un año arrastra otro; este otro y un siglo otro siglo! En fin, á mí me parece que el día del nacimiento de Nuestro Señor es el del nacimiento de todos los que he amado ó llorado y ¡no son pocos, porque tengo ochenta y siete años!

¡Alegre y feliz!—murmuró Redlaw.

El cuarto empezó á ponerse extraordinariamente obscuro.

—Ya lo ve V., señor—continuó diciendo el

viejo Felipe, cuyo helado rostro al ir calentándose por grados, había tomado un tono más vivo, y cuyos azules ojos se habían animado mientras hablaba—yo conservo muchos recuerdos de este día... Pero ¿dónde está mi dulce Minette?... El afán de charlar es una debilidad de los viejos... y ¡aun tengo que recorrer más de la mitad del edificio! ¡Dios quiera que el frío no nos deje helados á mitad del camino, que el viento no nos derribe y que las tinieblas no nos rodéen!»

La dulce Minette había aproximado su tranquilo rostro al del anciano y había cruzado silenciosamente su brazo con el de él antes de que hubiese acabado de hablar.

—«Vamos, querida hija—dijo—porque de otra manera Mr. Redlaw no se sentará á la mesa y su comida tendría tiempo de sobra para quedarse más fría que la estación. Espero, señor, que perdonaréis mi charlatanería y que pasaréis una noche tan buena, tan feliz y tan alegre como yo os la...

—¡Quedaos!—dijo Mr. Redlaw sentándose de nuevo á la mesa, más bien (á juzgar por sus maneras) por detener al viejo guardián que para responder á las exigencias de su apetito—Permaneced algún tiempo más Felipe... William, decidme algo en alabanza de vuestra excelente mujer. Creo que no ha de disgustarle el oir alabanzas de vuestra boca ¿Qué me decís?

—¡Diablo! eso es... ya ve V..., señor,—dijo William volviendo los ojos hacia su mujer

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

con cierto temor—¡Mistress William me mira con unos ojos!...

—¿Y es qué os dan miedo los ojos de mistress William?

—¡Oh! de ninguna manera—contestó Swidger—eso es justamente lo que digo yo. ¡Sus ojos nada tienen de espantosos; no es una mirada tan dulce para espantar á la gente... Pero me gustaría más... Milly... él; ya lo sabéis... allá abajo... en los arrabales.»

De pie tras de la mesa y removiendo con aire desconcertado los objetos que había encima de ella, William lanzaba miradas persuasivas á su mujer, le señalaba á Mr. Redlaw y con la ayuda de misteriosos signos, hechos con la cabeza y el índice, parecía invitarla á que se acercase al químico

—El.., ya lo sabéis... mi amor—dijo William—allá abajo, en los arrabales. ¡Habla mujer! En comparación mia sois las obras de Shakespeare. Allá bajo... en los arrabales... ya lo sabéis... mi amor... el estudiante...

—¿El estudiante?—preguntó Mr. Redlaw levantando los ojos.

—¡Es lo que digo yo, señor!—exclamó William con el asentimiento más vivo y más marcado—Tratándose del pobre estudiante que vive allá lejos en los arrabales ¿no es verdad que os alegraríais de saberlo todo de la boca misma de mistress William? Vamos á ver, mistress William, habla de los arrabales.

—No sabía—dijo Milly con franqueza jovial y exenta de toda preocupación—que William había referido esto; á saberlo no hubiese ve-

nido. Y eso que le había pedido que callase.,. Se trata de un pobre muchacho que está demasiado enfermo para que se decida á ir pasar las fiestas en compañía de su familia y vive desconocido de todo el mundo en una especie de desván, bien poco cómodo para un *getlemán* allá en los arrabales de Jerusalem. Toda esa es la historia, señor.

—¿Y cómo es que no he oído hablar nunca de él—preguntó el químico levantándose precipitadamente—¿Por qué no me ha dicho su situación? ¡Enfermo!... Dadme el sombrero y el abrigo... ¡Pobre!... ¿Qué casa?... ¿Qué numero?...

—No hace falta que vaya V. tan lejos, señor—dijo Milly soltando el brazo de su suegro; y encarándose con mister Redlaw, cruzó los brazos y clavó en él sus preciosos ojos.

—¿Qué no vaya?

—¡Oh! no vaya V., yo se lo ruego—dijo Milly haciendo á la vez un signo con la cabeza que indicaba una imposibilidad completa—¡Es preciso que ni siquiera piense en ello!

—¿Por qué? ¿Qué significa esto?

—¡Demonio! ¡Ahí verá V.!...—dijo William Swidger con tono de persuación y convencimiento—eso es lo que digo yo. El joven estudiante no consentirá nunca que se entere de su situación otra persona de su sexo. Mistress William está en el secreto, pero eso ya es otra cosa. Todos se entregarán á mistress William, porque todos confían en *ella*. Un hombre, señor, no hubiese sacado ningún

partido de él; pero una mujer como mistress William...

—Veo que tenéis razón en todo lo que habéis dicho, William—replicó Mr. Redlaw, examinando al mismo tiempo la dulce y tranquila mirada de la mujer. Después poniéndose un dedo sobre los labios, depositó secretamente un bolsillo en la mano de mistress William.

—¡Oh! de ninguna manera!—exclamó Milly devolviendo la bolsa—Es preciso no acordarse de tal cosa!»

Mistress William era una mujer de su casa, tan grave, tan positiva, que este movimiento negativo, á pesar de la precipitación con que lo había llevado á cabo, la turbó tan poco, que un instante después ya se había puesto á recojer cuidadosamente algunas hojas de acebo que se le habían caído del delantal, mientras arreglaba las ramas de laurel alrededor de la habitación.

Habiendo advertido, cuando levantó la cabeza, que Mr, Redlaw continuaba mirándola con aire de sorpresa y de duda, repitió tranquilamente, sin dejar para ello de buscar las ramitas que pudieran haberse escapado á sus miradas:

—«¡Dios mío, eso si que no! Me ha dicho que menos que por cualquier otro quería ser conocido por V., ni recibir socorros de su parte... quizás sea porque asiste á la clase de V.... No he reclamado de V. el secreto, señor, porque fio mucho en su discreción.

—¿Y por qué ha hablado el joven de tal manera?

—Verdaderamente, señor, que yo no acierto á comprenderlo—contestó Milly, después de un momento de reflexión—no veo nada claro en el asunto, porque como sabe V. tampoco soy nada curiosa. Al ir á su casa tuve por único objeto el serle útil de alguna manera, arreglando y limpiando la habitación, y me he limitado á esto. Se que es un pobre, que se encuentra solo y creo que él por su parte es algo descuidado.., ¡Qué obscuro se pone todo!...»

El cuarto se había obscurecido efectivamente, poco á poco. Una sombra espesa y negra se formaban detrás del sillón del químico.

—¿No sabéis de ese joven nada más?—preguntó.

—Ha dado palabra de casamiento, que cumplirá tan pronto como su posición se lo permita—respondió Milly—y creo que estudia con el objeto de ponerse en disposición de ganarse la vida. Durante mucho tiempo he observado que trabajaba asiduamente y se imponía grandes privaciones,.. ¡Dios mío, qué obscuro se pone todo!...

—Y el frío aumenta—dijo el anciano, frotándose las manos—Yo tiemblo y parece como que entristezca en esta habitación. ¿Dónde está mi hijo? ¡William, sube la lámpara y atiza el fuego.

Sonó después la voz de Milly tan harmoniosa como una música, y dijo:

—Ayer por la tarde, después de haber ha-

blado conmigo breves momentos quedóse dormido, con ese sueño frecuentemente interrumpido: mientras dormía murmuraba palabras sin hilación á propósito de una persona muerta y de contratiempos tan graves que era imposible echarlos en olvido. Sin embargo no pude saber si el que sufría era él ó alguna otra persona. Lo que se muy cierto, es que los contratiempos no los había experimentado él.

—Y para concluir—dijo William, aproximándose á Mr. Redlaw y hablándole al oido—mistress William, como veis, no querrá contarlo todo, porque ha de permanecer aún entre nosotros todo al año que viene; mistress William ha hecho por él todo lo del mundo, si, todo lo mundo! Y, sin embargo, en casa no se ha visto ningún cambio: mi padre está cuidado y mimado como de costumbre... en la casa no hay un grano de polvo; y no es posible encontar uno sólo, aunque se ofrezcan cincuenta libras esterlinas con dinero constante y sonante. Mistress William parece como que no toque nada: y sin embargo corre de aquí á allá; de un lado á otro, de arriba á bajo... ¡en una palabra, es para él una buena madre!»

La habitación se puso más obscura y más fría; la sombra se hizo más lúgubre y más densa detrás del sillón.

—No contenta con esto, señor—continuó William—mistress William ha salido de casa esta tarde y al volver, ¡á fe mía que aun no hará dos horas! ha encontrado en el dintel de una puerta á una criatura más parecida á

una fiera que á un niño. ¿Y qué dirá V que ha hecho mistress William? Pues le ha traido á casa para secarle, alimentarle y guardarle, Dios sabe hasta cuando. Creo que el tal chiquillo no ha sentido nunca, hasta esta noche, el calor del fuego, porque mientras ha estado sentado en la gran chimenea nos miraba con unos ojos que parecía que no los hubiese de cerrar nunca. Aun estará allí... á no ser—añadió, como haciendo una profunda reflexión—que se haya escapado.

—¡Qué el cielo conserve la felicidad de mistress William—dijo el químico en alta voz—¡y la vuestra William! Necesito pensar un rato sobre lo que debo hacer en estas circunstancias, y si he de ir á ver al estudirnte. No quiero deteneros más tiempo. ¡Buenas noches!

—¡Gracias, señor—dijo el anciano—muchas gracia, en nombre de Minetta, de mi hijo William y del mio! ¿Dónde está mi hijo William? William, toma la linterna y marcha delante de nosotros para atravesar esos largos y sombrios corredores, como lo hiciste el año último y el anterior. ¡Ah! ¡ah! ¡me acuerdo muy bien de todo, y eso que tengo ochenta y siete años! *¡Señor, conservadme la memoria!* ¡Qué excelente plegaria, Mr. Redlaw, la del sabio *gentleman* de la barba puntiaguda y la gorguera... Está colgado el segundo á la derecha, encima de la ensambladura, en lo que era antiguamente nuestra sala de los banquetes. *¡Señor conservadme la memoria!* ¡Buena y piadosa plegaria! ¡Amén! ¡amén!

Al salir cerraron lentamente la gran puerta; pero á pesar de todas las precauciones, sonó al cerrarse como un trueno repetido por los lejanos ecos. En aquel momento el cuarto se volvió más obscuro aún; y mientras el químico, sentado en un sillón y solo en la habitación se entregaba á sus ensueños, las verdes ramas de acebo, colgadas de la pared, se marchitaron de pronto y cayeron secas al suelo.

La sombra lúgubre iba aumentando detrás de él y poco á poco fué tomando una forma; ó mejor dicho, salió, por un efecto sobrenatural, una espantosa imagen del mismo químico.

Imagen horrible y fría, con el rostro y las manos incoloras, pero que reproducía las facciones, los ojos brillantes y los plateados cabellos del doctor. Vestida con su sombrío traje, presentóse con su terrible apariencia de vida, sin movimiento y sin el más ligero ruido. Mientras el doctor, con los codos apoyados sobre los brazos del sillón, soñaba mirando el fuego, la sombra se apoyaba en la misma forma sobre el respaldo del sillón y por encima del químico, con su terrible imagen, fijaba los ojos donde él y con la misma expresión de su fisonomía.

Era aquel mismo *algo* que había pasado por el lado del doctor para desvanecerse en seguida. Era el terrible compañero del hombre visitado por un fantasma.

Durante algunos momentos el fantasma no prestó aparentemente ninguna atención al hombre, ni el hombre al fantasma... cánticos de la Noche-Buena se oían á lo lejos; en sus

ensueños parecía como que el hombre prestase su oido á la música... El espectro parecía escuchar también.

Por fin, habló el hombre sin que su rostro hiciese el menor movimiento:

—«¿Tedavía aquí?—dijo.

—Todavía aquí—contestó el fantasma.

—Os veo en el fuego—añadió el hombre—os oigo en la música, en el viento, en la calma de la noche.»

El espectro inclinó la cabeza haciendo una señal afirmativa.

—¿Por qué venís á atormentarme?

—Vengo cuando me llaman.

—No. ¡Sin que os llamen!

—También. Sin que me llamen. Te basta con saber que estoy aquí.»

Hasta aquel momento la claridad del fuego había iluminado las dos caras, si se puede llamar cara las terribles facciones del fantasma... Los dos permanecían fijos en el hogar como durante el diálago y sin que ni el uno ni el otro hiciese movimiento alguno para desviarse. Pero en aquel instante él volvióse bruscamente y miró al fantasma con ojos fijos. Con un movimiento tan rápido como este, el fantasma pasó delante del sillón y miró al hombre fijamente.

De esta suerte el hombre vivo y su imagen vana y descarnada, se miraron cara á cara.

¡Terrible contemplación en una de las habitaciones solitarias y alejadas de un viejo edificio casi abandonado, durante una noche de invierno, mientras el viento, en su miste-

rioso viaje, pasa con gran ruido, sin que desde el principio del mundo haya podido nadie contestarse á estas preguntas ¿de dónde viene? ¿á donde vá? y mientras las estrellas, en un número inimaginable, brillan á través del eterno espacio, en esos lugares donde el mundo es un grano de arena y su vejez una infancia!

—¡Mírame! — dijo el fantasma —yo soy aquel que abandonado en su juventud y extraordinariamente pobre, ha sufrido y luchado, y sufre y lucha aún, hasta sacar la ciencia del filón donde se halla enterrada, y que no cuenta más que con un rudo pedestal donde colocar y descansar sus fatigados pies.

—Ese hombre soy yo.

—Ni el amor lleno de abnegación de una madre, ni los consejos de un padre me han ayudado—añadió el fantasma—Cuando aun era niño, una persona extraña vino á ocupar el sitio de mi padre y bien pronto me robaron el corazón de mi madre. Mis padres eran gentes de esas para quienes las preocupaciones duran poco y los deberes quedan pronto cumplidos, que abandonan de buen grado su progenitura como los pájaros á sus hijuelos; y que si el abandonado adquiere gloria, se hacen lenguas de èl... y que le muerden si, por el contrario, se pierde.

El fantasma calló y pareció como que aguijoneaba al hombre con su mirada y con su sonrisa, como lo había hecho ya con el acento de sus palabras.

—Yo soy—siguió diciendo—el que durante

la lucha supe encontrar un amigo. Le conquisté y uní á mi suerte. Trabajamos el uno al lado del otro, y toda la ternura, que durante mi primera juventud, no había encontrado ningún lado por donde escaparse de mi corazón... se la entregué...

—Toda entera—dijo Redlaw, con voz ronca.

—Toda entera—replicó el fantasma—Yo tenía una hermana.

—¡Sí; yo tenía una hermana!—dijo á su vez el hombre ocultando la cabeza entre las manos.

Con una maligna sonrisa el fantasma se aproximó aun más al sillón y apoyando la frente en sus manos cruzadas sobre el respaldo, dirijió al rostro del hombre miradas inflamadas. Después continuó en esos términos:

—Los escasos relámpagos del afecto de la familia que había entrevisto, habían brotado de su corazón. ¡Era jóven, bella y cariñosa! La conduje á la primera casa de que fuí poseedor y la casa se convirtió en un palacio. Se apareció en las tinieblas de mi vida y mi vida se iluminó. La tengo delante de los ojos en este momento

—Acabo de verla en el fuego—dijo el hombre—La oigo en la música, en el viento, en la calma de la noche.

—¿La amaba él?—preguntó el fantasma imitando el acento distraído del químico—Creo que fué amada, al menos por algún tiempo. ¡Mejor hubiese sido que la amase menos, con menos ternura, con menos exclusivismo!

—¡Dejadme olvidar esto!—dijo el químico haciendo un gesto de cólera.—Dejadme que aparte este recuerdo!»

El fantasma inmóvil, con sus ojos crueles, fija y ardientemente clavados en el químico, continuó de esta suerte:

—Una visión parecida he tenido en mi vida.

—Sí—dijo Redlaw.

—Un amor tan parecido á su amor, que podía alimentar mi mísera existencia, se despertó en mi corazón—añadió el fantasma.—Era entonces demasiado pobre para obtener por medio de promesas ó de la persuación al objeto de este amor. Amaba demasiado para que obrase así. Entonces luché con la esperanza de conseguirla. ¡Cada paso que daba me señalaba más próximo el término, he hice ardientes esfuerzos! En esta época de mi vida laboriosa, mi hermana, dulce compañera, partía aún conmigo los restos de calor de aquel hogar que se enfriaba. ¡En aquella época se desarrollaron ante mis ojos algunos cuadros de lo porvenir!

—Acabo de verlos en el fuego. Su recuerdo me lo repite la música, el viento, la calma profunda de la noche y la evolución de los años.

—¡Imágenes de aquellos dias—dijo el fantasma—pasad con la que me daba fuerzas para trabajar! El recuerdo de mi hermana, convertida en mujer de mi mejor amigo; el recuerdo de los tiempos y de la tranquila felicidad de nuestra vida; el recuerdo de las páginas de

oro que se extienden á lo lejos en lo pasado, nos enlazan á nosotros y á nuestros hijos con una guirnalda de luz.

—¡Ilusiones! ¡mentiras!—dijo el químico—¿Por qué estoy condenado á guardar un recuerdo tan fiel de todo?

—¡Ilusiones! ¡mentiras!—repitió el fantasma con sus invariables inflexiones de voz y clavando en el químico su mirada inmutable y fija—¿Porque mi amigo, en el seno del cual mi confianza se había depositado como en mi propio seno, mi amigo, al pasar entre mí y el centro del sistema donde gravitaban mis esperanzas y mis luchas, conquistó la ternura de mi hermana y deshizo mi débil universo?

—Dobleмente querida, doblemente sacrificada y doblemente feliz bajo mi techo, mi hermana vivía con la esperanza de verme llegar á la felicidad, y de asistir al triunfo de una ambición tan largo tiempo acariciada, cuando el resorte de esta ambición se rompió; mi hermana... se murió,—dijo el químico.—Murió sin perder su serenidad.... feliz y confiando en el porvenir de su hermano. ¡Qué la paz sea con ella!

El fantasma espiaba en silencio la fisonomía del químico.

—¡Me acuerdo!—dijo este último después de un momento de silencio—sí, me acuerdo tanto, que aun hoy, á pesar de haber transcurrido tantos años y de que para mí no existe nada más vano y mentiroso que el amor de la edad juvenil, ha largo tiempo desvanecido..... me acuerdo con ternura como si se tratase del

amor de un hermanito ó de un hijo. Sin querer me acuerdo también de la época en que ella empezó á amarle tan tiernamente. Pero aquellas ilusiones se han evaporado; sólo el recuerdo de las desgracias de los primeros años ha sobrevivido, como el recuerdo de la confianza y de la amistad engañadas.... como el recuerdo de una irreparable pérdida.

—Así es—dijo el fantasma—que llevo encima el cáncer devorador de una eterna tristeza. Así es que mi memoria es el recuerdo de mi existencia; y, si pudiese olvidar, olvidaría!

—¡Maldito burlón!—replicó el químico saltando de su asiento y haciendo el ademán de lanzarse á la garganta de su otro él—¿Por qué decís contínuamente á mis oídos esas crueles palabras?

—¡Atrás!—gritó el fantasma con voz terrible—¡Si te atreves á llevar la mano sobre mí, morirás!»

El químico se detuvo súbitamente como si estas palabras hubiesen paralizado su brazo; luego fijó sus ojos en el fantasma que se había alejado haciendo con la mano un gesto amenazador, al mismo tiempo que una sonrisa se dibujaba en su rostro y que su negra forma se erguía en señal de triunfo.

—¡Si pudiese olvidar, olvidaría!—repitió el fantasma.

—¡Maldito espíritu de mi mismo!—replicó el químico con voz débil—¡mi existencia se ve turbada por estas palabras repetidas contínuamente!

—Son un eco—dijo el fantasma.

—Si, son un eco de mis pensamientos—repuso el químico,—¿por qué atormentarme tanto, siendo así que mis pensamientos nada tienen de egoistas? Todas las criaturas humanas tienen sus dolores..., la mayor parte tienen que quejarse del mal que les han hecho, pues todas sin distinción se han visto expuestas á la ingratitud, á la miserable envidia y á la concupiscencia. ¿Quién será el que no quiera olvidar sus pesares y el mal que le hayan causado?

—¿Quién no los querrá olvidar, efectivamente, para vivir más felíz y más tranquilo? —dijo el fantasma.

—Estas revoluciones de los años que nosotros conmemoramos—añadió Redlaw—¿qué vienen á recordarnos? ¿No despiertan en todas las almas la memoria de algún pesar y de algún sufrimiento? Testigo de ello ese anciano que acaba de marcharse: ¿sus recuerdos son otra cosa que un tejido de tormentos y de penas?

—Pero,—replicó el fantasma con la repugnante sonrisa de su vitrioso rostro—las naturalezas vulgares, las inteligencias comunes ó incultas, no sienten ni discurren sobre estas cosas como lo hacen las almas iluminadas y las inteligencias escogidas.

—¡Tentador! — añadió Redlaw —Demonio tentador, cuyas penetrantes miradas y cuya voz me conmueven más de lo que es posible decir y que os cernéis sobre mi cabeza mientras hablo, como para adelantaros á todas mis

ideas... ¡Si... vuestras palabras son un eco de mi pensamiento!

—Eso es una prueba de mi poder—respondió el fantasma—Escúchame: yo te ofrezco el olvido de todos los sinsabores que hayas experimentado y de todo el mal que te han hecho.

—¡Olvidarlo!—repitió el químico.

—Tengo bastante poder para anonadar su recuerdo y no dejar más que huellas confusas, apenas perceptibles, y que no tardan en borrarse. ¡Habla! ¿Quieres aceptar mi ofrecimiento?

—¡Deteneos!—contestó el químico, parando con un gesto la mano del fantasma, ya á punto de levantarse.—Me inspiráis tales dudas y desconfianzas, que me hacéis temblar; y el espanto que de mí se apodera, se cambia en un sentimiento de horror sin nombre que apenas puedo soportar. No permitiré que se me despoje de los pensamientos generosos que pueden ser saludables para mí y para cualquiera otro. ¿Si acepto vuestro ofrecimiento, qué recuerdos se borrarán? ¿Qué cosas desaparecerán de mi memoria?

—Ni la ciencia, ni el fruto del estudio; nada más que la cadena de los sentimientos y de la asociación de ideas, dependiente de los recuerdos desterrados y sucesivamente alimentados por estos mismos recuerdos. Hé ahí todo cuanto desaparecerá.

—¿Esos sentimientos y esas asociaciones son muy numerosas?—preguntó el químico, alarmado por sus reflexiones.

—Tienen la costumbre de revelarse en el

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
DIRECCION UNIVERSITARIA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES"

fuego, en la música, en el viento, en la calma profunda de la noche y en la revolución de los años—respondió el fantasma con aire despreciativo.

—¿Nada más?—preguntó el químico.

El fantasma guardó silencio. Luego de haber permanecido durante algunos momentos de pie delante del químico, se dirigió hacia el fuego y se detuvo.

—Decídete—le dijo—antes de que la ocasión se pierda.

—¡Esperad un momento!—contestó el químico con agitación.

—El cielo es testigo de que nunca he tenido sentimientos de odio con respecto á mis semejantes... y de que nunca me he mostrado frío; indiferente ó malo para los que me rodeaban. Si, viviendo, sólo he concedido un gran valor á todo lo que ha sido ó puede ser... y muy poco á lo que es; el mal, á lo que juzgo, me ha perjudicado á mí únicamente, pero en manera alguna á los demás. ¿Si llevase en el estómago un veneno, no tendría derecho á servirme de antídotos si los poseyese, y su uso me fuese conocido? ¿Si existe un veneno en mi alma y puedo neutralizarlo con la ayuda de esa horrible sombra, por qué no he de tener derecho para hacerlo?

—Está bien—dijo el fantasma.—¿Quieres que te cumpla lo prometido?

—¡Esperad un poco todavía!—agregó el químico con precipitación.—*¡Si pudiese olvidar, olvidaría!* ¿He sido yo el primero que ha tenido este pensamiento ó ha germinado en el

2918

pensamiento de todos los hombres de generación en generación? La memoria humana está toda llena de dolores y tristezas. Mi memoria es parecida á la del resto de los hombres, pero estos no han podido escojer entre la memoria y el olvido. ¡Si, acepto el pacto! *Quiero* olvidar mis penas y sufrimientos.

—¡Habla claro!—dijo el fantasma—¿quieres aceptar mi proposición?

—¡La acepto!

—El pacto queda cerrado—respondió el fantasma—Apóstata, para tí el don! El privilegio que te concedo lo llevarás allí donde se encaminen tus pasos. No tan sólo te será imposible el recobrar el poder á que has renunciado, sino que lo destruirás en todos aquellos á quienes te aproximes. Tu sabiduría ha descubierto que el recuerdo de las penas y de los sufrimientos es la triste herencia de toda la raza humana, y que privándola de esta memoria sería más feliz que hasta hoy lo ha sido. ¡Se, pues, el bienhechor de tus semejantes! Libre de tal recuerdo, llévales siempre á tus semejantes, é involuntariamente, la felicidad con la supresión de tan pesada carga. ¡Se feliz con el bien que has alcanzado y... con el mal que vas á hacer!

Mientras hablaba de tal suerte el fantasma, tuvo sus manos incoloras extendidas sobre la cabeza del químico, como si hubiese hecho una evocación sacrílega; al mismo tiempo había adelantado gradualmente su rostro hasta tan cerca del químico, que Redlaw pudo ver que los ojos de su sombra en vez de re-

producir la sonrisa satánica que se pintaba en el resto de su fisonomía no revelaban más que un horror fijo, inalterable, estúpido...

Por fin el fantasma se desvaneció.

De pie y como clavado en su sitio, víctima del terror y de la estupefacción, el químico creía oir todavía estas palabras, repetidas por los siniestros ecos y perdiéndose poco á poco á lo lejos: «¡Destruirás el recuerdo de todos los que se aproximen!»

De pronto hirió sus oidos un agudo grito que venía, no de los corredores que acababan en la habitación, sino del otro extremo del viejo edificio y que parecia el grito de alguno que se hubiese perdido también en las tinieblas.

El químico fijó en sus miembros sus ojos extraviados, como para asegurarse de su entidad; después, contestando al grito que acababa de oir, se puso á su vez á dar gritos salvajes y agudos, como si él estuviese perdido también, ¡tal era, y tan violento, el sentimiento de extraño espanto que se había apoderado de él!

Los gritos que oyera se habían reproducido y aproximado á la habitación. Tomó una lámpara y levantó la pesada cortina de tapicería que servía para cerrar un pasillo que comunicaba con la clase en que daba sus explicaciones. Aquel vasto anfiteatro tan frecuentemente animado por las jóvenes y alegres cabezas que saludaban la presencia del profesor, con tanta impaciencia esperada... desierto á esta hora, parecióle un emblema de la muerte.

—¡Eh!—exclamó—¡Eh! ¿quién va por ahí? ¡Acercaos á la luz!

Y, mientras apartando la cortina con una mano levantaba la lámpara con la otra para penetrar las tinieblas que llenaban la habitación, algo parecido á un gato montés pasó ligeramente por junto á él, se precipitó en la sala y fué á acurrucarse en un rincón.

—¿Qué es esto?—preguntó rápidamente el químico.

Iba ya á repetir la pregunta cuando vio distintamente y pudo examinar con atención el objeto que buscaba, agazapado y escondido en su rincón:

Un lío de harapos recogidos por una mano que, por sus dimensiones y su forma, era probablemente la mano de un niño, pero que por lo apretada, ávida y desesperada, parecía más bien la de un viejo malvado; un rostro rollizo y terso en ciertas partes como el de un niño de cinco ó seis años, pero en otras picado y arrugado como el de un hombre gastado por el abuso de la vida; dos ojos brillantes, pero sin juventud; y dos pies desnudos, bellos por su delicadeza infantil, feos por la sangre y el lodo que los cubrían; una criatura salvaje, un joven mónstruo; un niño que no había sido nunca niño; una criatura que, cuidada, podía al ir creciendo tomar la forma exterior del hombre, pero que interiormente debía vivir y morir como un animal.

Acostumbrado ya á verse maltratado y cazado como una fiera, el niño tomó la actitud de la defensa en presencia del hombre que le

examinaba, volvió la cabeza y puso encima su brazo como para librarla de un golpe pronto á caer sobre ella.

—¡Si me tocáis os muerdo!—vociferó.

Hubo un tiempo, y este tiempo hacía pocos minutos que había acabado, en que un espectáculo parecido hubiese destrozado el corazón del químico; pero ahora lo contempló friamente. Hizo, sin embargo, un esfuerzo poderoso con objeto de recordar algo, sin saber qué, y preguntó al niño qué hacia y de dónde venía.

—¿Dónde está la mujer?—replicó el niño—Quiero encontrar á la mujer.

—¿Cual?

—La mujer. La que me ha traído á esta casa y me ha acercado al fuego. Ha tardado tanto en volver que he salido á buscarla y me he perdido... No quiero nada de vos... Yo busco á la mujer.

Dicho esto, dio, para escaparse, un salto tan poderoso y rápido, que sus desnudos pies cayeron en un abrir y cerrar de ojos cerca de la cortina, produciendo sobre el piso un apagado ruido. Redlaw le cogió de los harapos.

—¡Me soltáis ó no?—murmuró el niño dando sacudidas y rechinando los dientes—Yo no he hecho nada... ¡Dejadme, que quiero ir á buscar á la mujer!

—Ese no es el camino. Hay otro más corto —dijo Redlaw reteniendo al niño y haciendo poderosos esfuerzos para recordar algo que debiese estar naturalmente enlazado á este monstruoso objeto.

—¿Cual es vuestro nombre? — preguntó Redlaw.

—No tengo.

—¿Dónde vivís?

—En ninguna parte.

El niño sacudió los cabellos, que le caían sobre los ojos, con el objeto de mirar al químico; luego, golpeando con sus piernas y forcejeando en todos sentidos, repitió:

—¿Me soltáis ó no? Quiero ir á buscar á la mujer.

Redlaw le llevó hasta la puerta

—Por aquí — le dijo, mirándole con una repugnancia y un disgusto invencibles—Yo os llevaré.

Los ojos inquietos del niño, errantes por la habitación, se fijaron en los restos de la cena.

—¡Dadme de eso!—dijo con avidez.

—¿La mujer no os ha dado nada que comer? —preguntó el químico.

—También mañana tendré hambre ¿no es verdad? ¿Acaso no tengo hambre todos los días?

Sentándose con desenfado, acercóse á la mesa como una ave de rapiña y estrechando contra su pecho el pan, la carne y los harapos, en repugnante mescolanza, dijo:

—¡Ajajá!... Ahora conducidme á ver á la mujer.

Mientras el químico, poniendo gran cuidado en tocarle, á causa de su nuevo don, hacía solamente una señal al niño para que le siguiese, á la vez que se dirigía hacia la puerta se puso á temblar y se detuvo.

«¡*El don que te he concedido lo transmitirás por allí donde vayas!*»

Estas palabras del fantasma rugían en el viento y el viento glacial soplaba sobre el químico.

—No iré esta noche—murmuró — no iré esta noche á ninguna parte... ¡Niño! Id todo derecho por este largo corredor y cuándo hayáis pasado la gran puerta obscura del patio... veréis brillar el fuego en una ventana.

—¡El fuego de la mujer?

El químico hizo un signo afirmativo y los desnudos pies del niño se pusieron á correr. Redlaw, con una lámpara en la mano, entró en la habitación cerró precipitadamente la puerta y se sentó en su sillón. Después ocultó el rostro entre las manos como un hombre que se tiene miedo á sí mismo.

Porque estaba realmente solo... solo... ¡solo!...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO